

Semblanza de la maestra Perla Valle

Ma. del Carmen Herrera M.*

Tomás Jalpa F.**

Marc Thouvenot***

Trabajadora del INAH desde 1968 e investigadora de la Dirección de Etnohistoria desde su creación, en 1977, la maestra Perla Amalia Valle Pérez (1930-2011) dedicó la mayor parte de sus esfuerzos intelectuales a entender el pasado indígena por medio de su legado en testimonios pictográficos. Compañeros de trabajo de la última década en el estudio de códices nos dimos a la tarea de entrevistar a los colegas, amigos y familiares que conocieron de cerca a la maestra Perla a lo largo de su vida para obtener un cuadro polifónico que recuperara las diversas facetas de su quehacer personal e intelectual.

El resultado es una suerte de retrato cubista en el que se iluminan las dimensiones más prominentes de la maestra Perla desde el punto de vista de cada uno de los entrevistados, así sean los rincones de su vida cotidiana y doméstica en las impresiones de sus familiares y allegados, de su vida social y cultural entre sus amigas cercanas y la vida académica desde la óptica de sus compañeros de trabajo.

Cuando se pensó en realizar este acercamiento consideramos, junto con su hija Coral, en un grupo reducido de personas que quisieran compartir sus experiencias en el trato con Perla, mediante la grabación de la sesión de manera espontánea, con el propósito de construir una imagen fresca de su personalidad. Estas reuniones tuvieron a veces el formato de una entrevista, mientras en otros casos se desarrollaron más como una plática entre amigos, en la que siempre se respetó el propio ritmo con el que brotaban los recuerdos. Obtuvimos un cúmulo de escenas que nos muestran a la maestra Perla en acción o en las que se expresa la mirada atenta del amigo, del colega o de algún miembro de su familia.

La búsqueda consistió, precisamente, en capturar la complejidad de la vida de una mujer mexicana de la segunda mitad del siglo xx, los compromisos vitales que se impuso y sus formas de acción. Aun así, lo que aquí se ofrece es tan sólo una selección de fragmentos de esas conversaciones, la muestra de una trayectoria personal y de trabajo que permeó a profundidad varios espacios y personas de nuestra institución.

De la transcripción puntual de las grabaciones¹ se eligieron y editaron las intervenciones en función de los temas que decidimos tratar, por lo que hubo que dejar fuera algunos pasajes. Si bien esta selección respeta las palabras de los participantes y mantiene rasgos de la oralidad, omite

* Dirección de Lingüística, INAH.

** Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH.

*** Centro de Estudios de Lingüística Indoamericana, Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia (CNRS).

¹ Las transcripciones de las entrevistas fueron cuidadosamente realizadas por Patricia Gallardo Arias.



las repeticiones y titubeos propios de su textura. Cada uno de los cortes va precedido por el nombre del entrevistado, así se trate de la misma persona, y se señalan con el fin de entender los saltos. Donde nos pareció necesario se introdujo información aclaratoria entre corchetes. Más que una memoria compacta, lo que aquí presentamos es un mosaico de voces de quienes aceptaron participar.

La selección de los fragmentos, su ordenamiento y edición estuvo a cargo de los firmantes de este texto; la transcripción de las entrevistas es de Patricia Gallardo Arias.

Cómo era Perla, algunos recuerdos

Angelina Macías ∞

Tengo la suerte de haber sido amiga de Perla Valle durante más de 50 años, por lo que puedo hablar con todo conocimiento de causa de su calidad humana. Era una gente extraordinaria. Si la pudiera definir con una palabra, usaría el término *honesto* en su sentido más amplio: como amiga, como esposa, como madre; en lo académico siempre fue una gente honesta y cariñosa. En más de 50 años que fuimos amigas jamás tuvimos un desencuentro, porque era una gente conciliadora. Era una gente inteligente, cálida, llena de recursos académicos. Siempre tenía tiempo para brindarte ayuda académica o personal. Convivió muchísimo conmigo mientras

estuve trabajando en Michoacán. Íbamos a los pueblos, almorzábamos en los mercados y a ver la noche de muertos en Pátzcuaro. Era difícil encontrarle un defecto y si lo tuvo, lo tenía muy escondido, porque en 50 años jamás se lo detecté.

Beatriz Barba ∞

Perla era sumamente cumplida. Lo que decía que iba hacer lo hacía y lo entregaba puntualísimo y todo perfecto. Tenía algo que era increíble: casi nunca dijo nada malo de la gente. Sobre todo en el medio antropológico, en las conversaciones se quedaba callada y no decía nada.

Tenía un sentido del humor finísimo. Una buena amiga de ella era muy mal hablada y Perla no se espantaba, pero le decía:

—Se te nota mucho el barrio, ¿eh?

Un día que Piña Chan estaba muy malo debido a un accidente y tenía un calenturón tremendo, yo estaba preocupadísima y llegó Perla a acompañarme. Al abrir la puerta la vio Piña y le dice:

—Mira, hija, esa capa que está allí colgada debió de haberla dejado alguna enfermera. Cógela y sal a ver de quién es, porque ya me molesta y ya no quiero verla.

No había nada. Era la pared, pero estaba delirando por la fiebre y Perla me dijo:

—Éste cree que está en una de sus borracheras, ¿verdad?

En esos momentos, cuando estaba yo tan preocupada, podía hacerme morir de risa.

Era aguda en sus comentarios, pero siempre oportuna. Cuando formalicé mi relación con Piña, me dijo:

—¿Cuándo vamos a comprar los muebles?

Y le pregunté a Perla:

—¿Será una declaración de amor?

Y Perla me dijo:

—¿Qué no has aprendido quién es Piña? Nunca se te va a hincar y te va a decir “Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida”. Te va a decir cosas sencillas.

Ella ya lo conocía.

Celia Islas ∞

Siempre fue una gente educadísima, gentil, afable y acogedora. Discreta en su vida. Un día empecé a preguntar por todo y de momento me dice:

—Qué, *Chaparrita* –siempre me llamaba así–: ¿eres de la Procuraduría?

Y le dije:

—¿Por qué?

—Preguntas mucho, ¿no?

No era de las que viniera a contar muchas cosas de ella. Como compañera de viaje era increíble.

A *Perliux* yo siempre la consideré una gran investigadora y una maestra. Sus intervenciones en las juntas académicas servían para centrar la discusión. Incluso ya enferma mantenía su lucidez.

Cecilia Rossell ∞

Perla siempre fue una maestra: por su personalidad, su manera de hablar, de presentar, de organizar sus trabajos. Desde su estilo de vestir, siempre muy arreglada. Siempre estaba pintada; me acuerdo mucho cómo se pintaba [los ojos] con su línea negra tipo árabe. Su joyería era fantástica, pero era todo en conjunto. Tenía un humor irónico, pero siempre muy fino. Por eso le pusieron [en una nota de *Arqueología Mexicana*, núm. 108: 10] una “Perla Fina”.

Destacaba en su trato, su manera de hablar, de escribir. A mí jamás me tocó verla perder el estilo, porque de repente uno lo pierde, te enojas, te sientes mal, yo qué sé. Perla no. Incluso cuando la llegué a ver por última vez, en el museo, la vi muy afectada de sus ojitos. Fue el primer día que no la vi pintada y ella se sentía incómoda por no estar perfectamente arreglada. Siempre fue congruente en su personalidad, su aspecto físico, con su conducta, con su manera de trabajar. Fue una persona muy íntegra.

Me llamaban la atención dos aspectos de su personalidad: era una persona amable, educada, participativa, entusiasta, muy linda, sabia y profesional. A nivel académico era muy exigente. Cuando daba sus cursos, aunque hablaba con mucha calma, sabía de todo –como no soy etnohistoriadora, a mí me impactaba mucho–, en particular de la época colonial. De códices le costaba trabajo meterse al análisis de los glifos; sí veía las imágenes, pero las leía a través de todo lo que ella conocía de la Colonia. No era tan “galarciana” como nos han dicho, sino que fue hasta después, con los nuevos proyectos. Ella no se ponía tanto a hacer fichas como nosotros las hicimos siempre.

Vi el otro aspecto de Perla en el Seminario de Códices, al que le tenía mucho cariño. Quizá porque era la mayor, tenía mucha autoridad en el seminario y sus decisiones pesaban y eran contundentes. Cuando se trataba de revisar un trabajo, era muy dura y a veces controladora.

Emilia Schneider Revueltas ∞

Mi relación con *Nona* [su abuela Perla] fue muy especial. Siempre estaba atenta a qué queríamos, a qué necesitábamos. Las relaciones de abuelo-nieto son muy diferentes a cualquier otra; no es que haya regaños por ser descuidados. Creo que sólo una vez en mi vida me regañó y luego me pidió disculpas.

Era muy rara. Al mismo tiempo que era muy atenta y estar allí, estaba ausente, pues estaba muy ocupada con su vida, con su trabajo y con lo que sabía. Era difícil que expresara sus sentimientos. Solía reír mucho a la hora de la comida. Se reía o nos enseñaba cosas tan extrañas como los modales en la mesa. A mis papás creo que no les importaba tanto. Me acuerdo que un día me dijo:

—¿Qué tal si vas a comer con el príncipe de España? No puedes comer así como estás comiendo.


Como que nos educaba, a mi hermano y a mí, al mismo tiempo que nos cuidaba. Pero también era un poco distante. No es que llegara y dijera: “Tengo un problema en el trabajo”. Era a veces muy seca. Yo soy muy abierta y me acuerdo de haberle contado muchas cosas cuando era más chiquita.

Algo que me parecía interesante es que *Nona* era más alta que mi mamá. Entonces yo veía a *Nona* muy grande. Era muy grande y sabía muchas cosas y era muy elegante. Su presencia era muy fuerte. Se notaba mucho que estaba ella allí y a mí siempre me impresionó mucho *Nona*. Era de mucho respeto, era una persona muy interesante, la admiraba mucho.

Era como la jefa de la casa sobre sus hijos. Los hombres no hacían nada; se sentaban y había que servirles. A mí eso

me molestaba mucho. Supongo que, porque mi mamá es la más grande, le ayudaba, igual que Gabriela [la segunda hija] y también yo les ayudaba a servir la cena. Eran cosas que me exigía y que tenía que hacer.

Con mamá y conmigo tenía una relación más cercana. Nos invitaba de viaje. A mi mamá se la llevó de viaje cuando tuvo que ir a trabajar fuera. Fue más apegada a nosotras y nos jalaba a mi hermano y a mí. Cuando cumplí 15 años me quería llevar a Nueva York, pero por algo de mi visa no fuimos.

Rosa Brambila 

En Nueva Orleans conocí a otra *Perlita*, la Perla coqueta. En esa ocasión fuimos a oír música. Nos subimos a un camión a perdernos en Nueva Orleans. Allá vi a otra *Perlita*. De veras, no sabes: la coquetería con su esposo; era muy, muy agradable. A mí siempre me pareció muy sutil, muy elegante, con esa coquetería y esa elegancia que tiene en la academia, ¿no? Eso siempre me sorprendió de *Perlita*. Siempre fue muy reservada de su vida familiar. En los años que estuvimos aquí, en Etnohistoria, tuvimos una relación más académica, aunque a veces salía algo personal y comentaba algo de su vida, pero siempre con esa sutileza. Te lo comento porque tendemos a escindir a los personajes, pues son tan múltiples, con tantas caras, pero yo creo que hay una esencia, y la esencia en ella era esa sutileza en sus distintas facetas. Aunque no podría decir que era una persona escindida, no. Porque hay gente que sí está escindida: sus mundos no se tocan. A mí me da la impresión de que *Perlita* no tenía una personalidad escindida —era más como un poliedro—, pero si tú le das luz a ese poliedro, convergen las luces en un punto, y eso te permite gozar las cosas, disfrutarlas, y no vivirlas como alternativas: es increíble. Ésa es la impresión que yo tengo, sin conocerla a profundidad: que disfrutó su vida personal y académica.

Tenía claro el bienestar colectivo, centrado fundamentalmente en el desarrollo académico. En las reuniones sentaba los puntos sobre las íes. Nunca entró en discusiones que fueran de carácter personal ni argumentos que calificaran a las personas. Eso jamás lo hizo, y oportunidades había. Eso yo se lo agradezco mucho. No permitir ninguna expresión de tipo personal es un respiro.

En la investigación ella se tomaba su tiempo para hacer sus cosas. Eso sí no lo sé, pero me lo invento ahorita: las masticaba hasta triturarlas académicamente. Hasta que no estaba segura de que ese chinito era chinito, lo decía. Y eran horas y horas de trabajo, que nunca significaron perder la afectividad por su familia. Cuando me pidieron que presen-

tara un proyecto para ingresar a Etnohistoria, a la que le tenía miedo era a *Perlita* por el rigor que tenía.

En las pláticas académicas veía la coquetería que había visto allá en Nueva Orleans. Esa sutileza y el trato cuidadoso y respetuoso con los documentos era similar. Cuando le enseñé las fotografías del *Códice de Xilotepec*, vieras con qué gusto, con qué sutileza, coquetería y emoción los contempló:

—Mira esto, y esto, y ve este chinito...

José Rubén Romero 

Perla nunca fue una mujer estridente, no era alguien que se diera a notar. Era una mujer discreta, pero al mismo tiempo con una presencia fuerte. Yo creo que sabía muy bien que era una mujer que tenía una presencia muy evidente y fuerte pero, como contrapeso, tenía esa discreción, esa moderación en el trato, muy delicado. Creo que todos los que la conocimos lo apreciamos mucho.

No fue mi amiga de una relación continua, pero siempre pude comunicarme con ella. En ese sentido sí fue mi amiga y una persona cercana, por su parte bondadosa y por esa capacidad para relacionarse. No era una mujer seca en su trato. Sabía reírse de las cosas, sin ser estridente. Siempre que pienso en Perla, pienso en la discreción.

Al ser parte de su comité tutorial del doctorado, se estableció una relación académica que afianzó de alguna manera la relación personal. Era una mujer brillante, sabía muchísimas cosas. Como persona era una mujer extraordinariamente dotada, correcta en su trato y muy bondadosa; con un sentido del humor muy delicado, era agradable en sus conversaciones. Siempre guardaré un recuerdo extraordinario de Perla Valle. Siempre se agradece tener un recuerdo bondadoso de la gente; es algo que se disfruta, que hace que uno se sonría. Es la mejor manera de recordar a quienes se han ido.

Luz María Mohar 

Era muy divertido viajar con ella. Era muy gastalona. Cuando le decía:

—Oye, esto está muy caro.

Respondía:

—Cómpratelo, cómpratelo, te vas a arrepentir.

No tenía medida para esas cosas.

Aprendí mucho con ella del trabajo y de literatura, de los viajes, de la familia, siempre con un tono muy simpático, haciendo alguna broma de alguna característica de sus hijos.

Era fina en su trato, en su trabajo, en su manera de arreglarse. Fue una gente muy correcta en su trato con los demás. Nunca te agredía ni se ofendía. Y si te hacía algún

comentario, te lo decía de una manera tan delicada, que te reías y decías:

—¡Ay, sí! ¿Verdad?

Con sus comentarios como que nunca te sentías ofendida.

Emilia Schneider Revueltas 

Me acuerdo de mi abuela como una persona trabajadora e inteligente, dedicada en lo que hacía. Tengo esa imagen de *Nona*, que trabajaba mucho y era una mujer muy fuerte. Trabajaba de noche y se acostaba a las tres, cuatro o cinco de la mañana. Era como nocturna. A veces se quedaba dormida en el comedor, porque se ponía a trabajar de noche. Me acuerdo de que yo luego le decía a mi mamá:

—Yo quiero ser como *Nona*, porque trabaja en el museo, pero no tiene que levantarse tan temprano.

No tenía como que estar en una oficina. Me parecía el trabajo ideal, porque hacía lo que le gustaba y era feliz trabajando de noche y leyendo. Leía muchos libros. Cuando mi papá me decía:

—Ponte a leer éste.

Le preguntaba a *Nona* si ya lo había leído. ¡Había leído todos los libros que yo le preguntaba! Luego los comentábamos. Me decía si me había gustado tal cosa. Había leído todo lo que yo estaba leyendo y sabía todo lo que estaba viendo en la escuela. Yo tenía esa visión de que era muy sabia. También tenía la idea de que *Nona* había viajado por todo el mundo. Hizo muchos viajes, no sé si por todo el mundo, pero me platicaba muchas cosas de los lugares. Entonces yo la veía como una mujer trabajadora, sabia y conocedora del mundo.

Le gustaba llevarnos al museo y platicarnos de las cosas y a veces de sus proyectos. Una vez la fuimos a visitar y estaba en una junta con sus colegas y me di cuenta de que discutían cosas y veía a *Nona* poniendo mucha atención, interviniendo y anotando cosas de lo que pasaba en la junta.

Era muy elegante. Cuando llegábamos a su casa para salir a comer, nunca estaba lista, y aunque tardáramos, siempre salía muy arreglada.

No le gustaban las fotos. Alguna vez intenté tomarle una foto y me decía que no.

Emilio Revueltas Valle 

De chico no la veía en casa porque estaba mucho tiempo en el Museo [Nacional] de las Culturas; cuando crecí un poco se fue a la Dirección de Divulgación y cuando entré a la pubertad se cambió a Etnohistoria. Siempre estaba muy ocupada, preparando lo necesario para su doctorado o escri-

biendo artículos o libros. Ésa fue su vida, aunque de repente se daba sus espacios. Tenía que atender la casa, a mi papá, atendernos a nosotros. A su cargo estaba que caminara la casa y la familia. Tengo la imagen de una madre muy dedicada a lo suyo, su trabajo, sin descuidar la parte familiar. Tenía que aguantar a cinco escuincles, lidiar con nosotros y estar allí y sacar todo esto adelante junto con papá. También era muy fuerte. Era una mujer muy intensa en esa parte, y en cierta manera trató de ser justa.

Entre nosotros decimos, como medio de chiste, que tenemos sangre de tecolote en las venas, porque mis hermanos y yo trabajamos mejor en las noches, pues no hay interrupciones y te puedes *clavar* más en lo que estás haciendo. Así era mi mamá. Era común encontrarla metida en la computadora o con sus libros en la mesa del desayunador o metida en su estudio trabajando. Aunque también lo hacía en el día: era una constante en ella.

Emma Pérez-Rocha 

Cuando murió Silvestre [en 1993] tuvo una etapa muy dura. En esa época Perla andaba muy mal. Andaba totalmente evadida, alejada, distraída. Perla se alejó mucho en ese momento de nosotros. Andaba en un mundo muy negro, muy deprimida. La Perla más abierta, más comunicativa, más afectiva, se fue perdiendo un poco, fue cambiando un poco a nivel personal.

La Normal de Maestros y su temprana formación

Emilia Schneider Revueltas 

Nona me contó que había viajado por muchos lugares de México, porque su papá trabajaba creo que en la SEP. Era maestro y la llevaba de viaje porque estaba a cargo de la fundación de escuelas. Desde niña lo acompañaba. Me dijo que cuando era muy pequeña hizo vuelos en avionetas. Entonces no era normal los vuelos en avioneta en toda la República. También vivió en muchos lugares por eso; no sé dónde, pero fueron muchos, porque su papá trabajaba en distintos lados de la República. De su mamá creo que nunca me habló, creo que murió muy joven, pero de su papá luego me platicaba que daba clases.

Emilio Revueltas Valle 

Como maestra normalista dio clases en la escuela primaria que está enfrente de los Pinos [Escuela Primaria “El Pípila”]. Luego se fue a una que está en San Ángel [Escuela Primaria Alberto Lenz]. Una vez me la enseñó, sigue existiendo. En



esa época ya conocía a mi papá, pero ella estaba aparte, empezando a estudiar sus cosas de antropología. Mi mamá vio la oportunidad de seguir estudiando más y enfocarse hacia ese ramo, pero no quiso dejar la escuela Normal, de ser profesora. Le preguntó a mi abuelo, que también fue profesor y trabajaba en ese entonces en la SEP; le consultó si pedía un permiso para seguir estudiando sin perder su plaza, pero mi abuelo le dijo que no, porque había muchísimos muchachos que estaban saliendo de la escuela y requerían esa plaza. Le sugirió que renunciara a su plaza y la dejara para el que la necesitara y ella siguiera adelante y aprovechara sus estudios. Es lo que hizo: renunció a su plaza de profesora normalista y se dedicó de lleno a la antropología. Aunque ya conocía a mi papá, un día se vieron en un café de chinos, allí en el Centro, y le propuso matrimonio. Mi mamá lo aceptó y lo demás es historia.

Coral Revueltas Valle ∞

Fue maestra normalista no sé cuánto tiempo. Tenía su plaza de maestra, pero mi abuelo le dijo que si ya no iba a seguir trabajando como maestra, renunciara a la plaza. Uno de los argumentos es que, si se iba a casar e iba a dejar de trabajar, pues que renunciara a su plaza.

Su padre era el profesor Erasto Valle Alcaraz, que llegó a ser un personaje importante en la secretaría, un alto fun-

cionario de la SEP. Mi abuelita, María Pérez de Valle, murió al poco tiempo de que se casaron [mis papás], en 1953. En una foto aparece: "La señorita profesora Perla Valle y el señor ingeniero Silvestre Revueltas", que se casaron el 18 de julio de 1953. En la foto aparece mi mamá, mi tío Homero, que ya falleció, y mi tío Virgilio.

Emilia Schneider Revueltas ∞

Cuando estudiaba en la escuela Normal conoció a Beatriz [Barba]. Luego entraron a estudiar antropología a la ENAH. Mi abuela dejó de estudiar porque iba a nacer su hijo. Luego regresó a estudiar y, sacando hace poco papeles, salió un reconocimiento de 50 años de haber salido de la Normal, que decía: "Por apoyar a la niñez y la juventud". Alguna vez le pregunté si había dado clases y me dijo que sí, pero poco tiempo.

Beatriz Barba ∞

Me salí de la Normal, estuve fuera dos años. Cuando regresé conocí a Perla. Fue en los dos últimos años de la carrera. La Escuela Nacional de Maestros se encontraba en la calzada de Los Maestros y calzada Tacuba. Allí estaba la vieja Normal. Era bellísima, un edificio increíble, hecho con algunas partes coloniales y otras modernas. Pero llegó el señor Miguel Alemán y cambió la Normal e hizo una torre espantosa que se cayó en el primer temblor que hubo, y hasta la fecha es

una soberana porquería ese pobre edificio. Estuvimos en la Normal en 1949 y empezamos a trabajar como maestras en 1950. Perla ejerció como unos tres años, porque se casó con *Silver* rápidamente.

Había muchas muchachas, pero eran muy “normalotas”; digamos que eran chicas decentes. Nosotras éramos un grupo pequeño con muchas inquietudes políticas y sociales. Perla era la más discreta, pero había una que era bastante inquieta, Nadia Romero Campa, sobrina de [Valentín] Campa. Éramos un grupo un poco distinto al de las chicas normalistas. La Normal de Señoritas se veía reflejada en las demás, pero nosotras éramos muy inquietas, un poco diferentes, digamos. En esa época la Normal tenía muchísimos maestros de izquierda; todavía era producto de la Revolución mexicana. Daban clase Palma Guillén y un sinfín de maestros que eran sumamente grandes. Probablemente habían participado en la Revolución, pues en 1949, cuando estábamos, eran ya gente muy, muy vieja, que seguían con sus inquietudes políticas y se mantuvieron así, hasta que entró Miguel Alemán, que cambió el profesorado, cambió todo. Le digo que con el edificio deshizo el proceso; deshizo todo lo que pudo.

La ENAH cuando Perla decide inscribirse

Coral Revueltas Valle ☺

Mis papás se conocieron en la Escuela [Nacional] de Antropología. Mi mamá decía que papá la ayudaba a hacer las prácticas de arqueología cuando tenían que hacer levantamientos topográficos.

Beatriz Barba ☺

Después de estudiar la Normal decidimos entrar a la ENAH porque no había otra cosa que hacer. ¿A dónde quería que fuera? De las cinco [amigas] que éramos, tomamos rumbos diferentes. Nadia Romero Campa se fue al norte a estudiar agronomía. Fue ingeniera agrónoma. Hace como dos años que la vi y seguía trabajando y dando clases. Y las otras dos, una fue al Politécnico y se hizo bióloga. También trabajó muchísimos años. Tere fue una gente más conservadora; se dedicó más a sus hijos. Perla y yo hicimos una revisión. Nadia sabía a dónde quería ir, pero nosotras no, teníamos como opción la Normal Superior, que era insoportable, porque era un ambiente semejante al Sindicato de Maestros y era algo terrible. Era muy corrupto, como es ahora. Ni ha mejorado ni ha empeorado. Descartada la Normal Superior.

Otra opción era Filosofía y Letras, pero era insoportable: las niñas con sus tablitas invitando a todos los maestros a

cenar para que conocieran a sus papás y ese ambiente sí, súper burgués, que era inaguantable. La alternativa era la Escuela de Antropología, que era completamente diferente; entraba uno a la biblioteca y todo el mundo sumergido en libros. Pero Perla, que tenía un sentido del humor finísimo, decía:

—¡Mira a éstos! Todos están metidos en los libros, pero tienen tres mujeres, cuatro divorcios.

La Escuela de Antropología se formó en 1938. En 1950, cuando entramos, tenía 12 años. Apenas se estaba formando. Me acuerdo de que el doctor Dávalos, que fue el director, era el subsecretario de la Escuela de Antropología. Hacía cosas increíbles con tal de conseguir maestros. Por ejemplo, para náhuatl, no había maestros que supieran náhuatl; entonces iba a los pueblos, hablaba con la gente y se traía al que más o menos tenía cierta posibilidad para explicar qué cosa era el náhuatl y los conocimientos gramaticales. Era difícil, porque la gente que hablaba náhuatl era gente del campo que no eran maestros. Entonces nos conseguía, por ejemplo, un muchacho que trabajaba en la universidad y que no era maestro pero que hablaba un náhuatl formidable de aquí, de Xochimilco. Nos llevaba a Xochimilco a hablar náhuatl, pero él se metía a la cantina y nos decía:

—Váyanse por allá a platicar, allá a la plaza, váyanse por allí, y ya cuando sea hora de comer me hablan.

En la escuela teníamos dos tipos de maestros: súper preparados o improvisados. Nos tocó una escuela muy interesante, estaba en Moneda 13, en lo que fue el Museo de Antropología y luego Museo de las Culturas.

Nos inscribimos en arqueología.

Rosa Brambila ☺

Recuerdo haberla visto cuando éramos estudiantes. Yo estaba estudiando la especialidad de arqueología y supe de Perla por Ana María Velasco, una de mis mejores amigas, que estaba estudiando etnohistoria. La veía llegar con Emma, pero no tuve mucho trato. La conocí por referencias de mis colegas arqueólogos que me hablaban de sus prácticas, colegas mayores como Rubén Cabrera, Ana María Crespo, que creo que salían de prácticas de campo cuando Perlita estaba en arqueología. Fue en los años sesenta cuando salieron con Perla a algunas prácticas de campo y a través de sus comentarios conocí algo sobre ella, que luego confirmé cuando entré a Etnohistoria. Lo que comentaban los compañeros con cierto tono de admiración y respeto es que ella privilegiaba a su familia sin

perder de vista su desarrollo personal. Con cinco hijos, el esposo y la suegra, era responsable en su trabajo. Entre las arqueólogas se mostraba este respeto y solidaridad femenina de ver a una mujer que tenía el montón de hijos. *Perlita* tenía muy claro que debía sacar esta familia sin dejar su desarrollo personal. Tengo esa imagen, por lo que me platicaron, de los trabajos de campo, bromas y anécdotas que tuvieron.

Atender una familia y un museo

Beatriz Barba 

Perla se casó como en 1954 o 1955, ya no me acuerdo. Estuvieron viviendo con su suegra, la mamá de Silvestre, que era esposa de Fermín Revueltas, maestra de la Normal, y fue de las que formaron la escuela de trabajadores sociales. *Doña Nacha* era una mujer muy fuerte. Perla era una persona que tenía un gusto estupendo para todo. Entonces ella llegó a la casa de Silvestre y se encontró que la suegra tenía un comedor igual que el de Frida Kahlo, de florecitas pintadas, con zacate en las sillas, y dijo:

—Oye, ¿qué tal si la próxima quincena empezamos a juntar para comprar un comedor?

Trataba de imponer sus gustos, pero su suegra también era una mujer de carácter y defendía los suyos. *Doña Nacha* intervenía en la vida de ellos y no podía dejar de hacerlo, porque era su modo de ser. Entonces, en esas condiciones, Perla le dijo a Silvestre:

—Mira, yo quiero mi casa, quiero separarme, vivir mi matrimonio.

Coral Revueltas Valle 

Cuando se fueron a Ciudad Valles, se llevaron a mi hermano Fermín chico. Luego regresaron [al DF] y aquí nació Pepe. Vivían en la [colonia] Industrial, en casa de mi abuelita. Después nos fuimos a vivir a Guadalajara. En Ocotlán nació Gabriela, luego regresamos y aquí nació Emilio.

Angelina Macías 

Cuando regresó a México y entró a trabajar al Museo de las Culturas [1968-1972] yo estaba en el museo, pero en un área diferente. Allí trabajó varios años.

Beatriz Barba 

Me recibí en 1955. Hice arqueología y etnología, pero nada más me recibí de arqueóloga. Pensaba trabajar en Arqueología y fui con el maestro Noguera, pero dijo:

—No tengo plazas.

Entonces hubo dos plazas en Etnología y me dijo el maestro Javier Romero:

—Oiga, ¿qué usted ya se tituló

—Este, pues sí, maestro.

Así que entré con las plazas más altas del INAH, porque resultó que los que estaban en Etnología no se habían recibido y yo sí. Perla apenas empezaba [a ser mamá], creo que tenía un niño; estaba resolviendo su vida de otra manera. Pasaron varios años y de repente llegó y me dijo:

—Ya vine.

—¿Cómo que ya viniste?

—Sí, ya me vine para México.

Regresó a México para que sus hijos estudiaran, pero fue a vernos al museo y probablemente sintió revivir ese deseo de volver a hacer lo que le gustaba. En el museo nuevo trabajó con nosotros en la sala de Introducción a la Antropología, era el año de 1964, junto con Genovés, Swadesh, Leonardo Manrique, Olivé y yo. Luego a Olivé y a mí nos mandaron al Museo Nacional de las Culturas y entonces nos llevamos a Perla.

En el Museo Nacional de las Culturas se hizo cargo de estudiar los pueblos circumpolares. Le tocaron los inuit, esquimales, lapones, onas, alacalufes, tehuelches; todos los circumpolares, norte y sur, porque éramos pocos y nos repartimos el mundo como si fuera los Estados Unidos: nos repartimos el mundo a tajadas. Más o menos como cinco años se dedicó a los pueblos circumpolares.

Coral Revueltas Valle 

Mi mamá entró a trabajar al museo cuando Emilio estaba muy chico. Yo tenía seis años. En el verano había actividades en el Museo de las Culturas y prácticamente todas las vacaciones estábamos ahí con ella. Ahí empecé a hacer grabado.

Beatriz Barba 

En difusión hizo muchas cosas. Cuando estuvo en este lugar sus hijos estaban chiquitos. Me acuerdo de que llevaba a las pequeñas con sus peinaditos así, de ballenita, chiquititas las criaturas. Ahí hizo una labor estupenda como jefe de difusión: trajo cuartetos, pintores y varios artistas.

En el trabajo de difusión [en el Museo Nacional de las Culturas] llevó lo mejor, hizo buenas cosas, sensacionales. Los hermanos nos ayudaban a escoger músicos y cantantes. A mí me fastidia un poco la ópera, no soy *fan*, pero de todas maneras confié en ella.

Coral Revueltas Valle ☺

Me acuerdo mucho del Museo de las Culturas porque mi mamá hacía muchas cosas de difusión; organizaba la programación del cine club e íbamos el domingo porque tenía que supervisar la proyección. En la dirección del museo estaba Beatriz [Barba de] Piña Chan y el licenciado Olivé, que fueron compañeros muy cercanos a ella.

En el museo se impartían talleres. Fui como cuatro años seguidos al taller de artes plásticas de Shinsaburo Takeda. Allí empecé a dibujar, pintar y grabar. Tenía más o menos nueve o 10 años y Gabriela, seis años. Salíamos del taller y nos íbamos con mamá a su oficina. El Museo de las Culturas lo recorrí todo, todas las salas, el proyecto del Museo Imaginario, que también lo recorrí, mucho tiempo. A veces nos íbamos a comer con el doctor Olivé o con Beatriz. Se dedicó por completo a esas actividades y dejó la escuela. Regresó a la Escuela de Antropología ya que estaba en el Museo de Antropología. Colaboró con Guillermo Zapfe en un proyecto del museo. Era un pintor, maestro de La Esmeralda, pues cuando entré a La Esmeralda me identificó de inmediato porque él era muy amigo de mi mamá. Se hicieron muy amigos cuando estuvieron trabajando en el Museo de Antropología.

En el museo hay varios cuadros pintados por artistas importantes de la época. Beatriz le encargó que trabajara con Guillermo Zapfe porque Guillermo era un tipo muy temperamental, una persona muy peculiar, y la única que podía tratar con él era mi mamá. Guillermo se acordaba mucho de eso cuando yo entré a La Esmeralda.

Cuando entré a La Esmeralda mi mamá se enojó muchísimo conmigo. No le gustaba porque decía que las artes plásticas tenían que ver con la genialidad, que era distinto a la música o a la danza; que si no eras compositor, pues bueno, podías ser un buen intérprete, mientras que en la plástica no se podía. Entonces entré a estudiar arquitectura, donde hice varios semestres, casi tres años, pero un buen día le dije a mi papá que quería entrar a La Esmeralda y fui a ver y metí los papeles. Él dijo:

—No le digamos nada a tu mamá. Haz el examen a ver qué pasa, y si quedas, vemos cómo le haces.

Hice el examen. Mi papá me llevó todos los días al examen. Era un proceso muy largo. El día que salieron los resultados, le di la sorpresa de que sí había quedado y no sólo eso, sino con la evaluación más alta. Supongo que porque tenía tres años de arquitectura y experiencia en otras cosas que los muchachos que no trabajaban perspectiva y esas cosas. No me costó ningún trabajo entrar a La Esmeralda. Mi mamá se enojó muchísimo, no tienes idea de cuánto, muchí-

sisísimo. Entonces bueno, allí, un poco porque no le dijimos y otro porque no había terminado arquitectura. Finalmente mi mamá terminó siendo una de las personas que más me ha apoyado.

Emma Pérez-Rocha ☺

Yo la conocí siendo estudiante, en 1971, cuando entré a trabajar en el Museo de las Culturas. Ella formaba parte del grupo de investigadores de allí, del museo.

Todavía no terminaba su carrera porque quería la especialidad de arqueología y dejó la carrera un tiempo, no sé exactamente cuánto, para dedicarse a sus hijos. En ese lapso dejó de estudiar y después estuvo trabajando en la Dirección de Difusión del instituto.

Su paso por publicaciones del INAH y el regreso a la ENAH

Angelina Macías ☺

Se fue a Publicaciones [1972-1976] porque era buenísima para analizar un texto, para quitar la paja, corregir. Posteriormente se formó la Dirección de Etnohistoria a cargo de Bárbara Dahlgren y Perla se cambió a Etnohistoria [1977-2010].

Beatriz Barba ☺

Pidió su cambio [a Publicaciones del INAH] por cuestiones prácticas. Me comentaba:

—Ponte a pensar: por difusión estoy aquí hasta las 10 de la noche y tengo que llegar muy temprano y estar pensando en la difusión. Aparte estoy estudiando y me encargo de sala. Tengo que estar escribiendo y dando conferencias. Ya no puedo con cinco hijos.

Se fue con Toño Pérez Elías a Publicaciones del INAH. Allí estuvo trabajando no sé cuantos años, hasta que llegó este director del INAH, este señor grande de edad, de pelo blanco, García Cantú, que formó Etnohistoria, llamando a la maestra Barbro Dahlgren [para dirigirla].

Coral Revueltas Valle ☺

Cuando estaba en la preparatoria, mi mamá regresó a la Escuela de Antropología, que estaba en el museo, al área de Etnohistoria, donde conoció a Jesús Monjarás y a *Emita* —a Emma Pérez-Rocha—, *Emita*, pues siempre le dijo así mi mamá. Fue una época muy difícil para ella, porque estaba trabajando en Publicaciones. Iba a la Escuela de Antropología. Nosotros ya no estábamos tan chicos. Yo estaba en la prepa, Gabriela en secundaria y Emilio en primaria. De todos modos mi mamá llegaba, hacía la comida en la noche, la de-

jaba hecha, y cuando estaba acostada, la oía que se ponía a trabajar, porque trabajaba con máquina de escribir. Creo que no se iba a dormir. Recuerdo haberme levantado y verla trabajando. No tenía tiempo, sí, sí. No tenía tiempo. Si a mí no me da tiempo, a ella, con cinco hijos y un marido... Mi papá la apoyó, aunque le costó trabajo entenderla. O sea, también educó a mi papá en ese sentido. Era una persona con carácter fuerte y seguro que se habrán echado sus buenos tiritos discutiendo la pertinencia del asunto, pues su trabajo le ocupaba todo el tiempo; era como difícil relacionarse con ella, porque estaba ocupadísima.

Emma Pérez-Rocha 

Llegué a tomar alguna materia con ella en la escuela, cuando ella tomaba las materias de etnohistoria.

Fui compañera de ella y de Jesús Monjarás. Yo acabé en 1973, cuando todos ya estábamos en la ENAH. Al separarse etnohistoria, tomábamos clase con el profesor Martínez Marín. En este movimiento nos involucramos varios y fue allí cuando la conocí. Pero no éramos de la misma generación.

Etnohistoria se separó de la Dirección de Antropología Social y de Etnología, porque dentro de la especialidad de etnología había las subespecialidades de etnohistoria y de antropología social. Entonces hubo un movimiento para suprimir materias de etnohistoria. Con este cambio había el peligro de perder la etnohistoria. El profesor Martínez Marín trató de rescatar esto, y lo hizo apoyándose en los alumnos. Y nosotros, es decir, Perla y Jesús Monjarás fuimos, como dice Carlos García Mora, el estrato social en el que se apoyó Martínez Marín para lograr la instauración de etnohistoria en la ENAH. En ese movimiento Perla fue muy importante, porque yo me sentía verde, todavía era estudiante. Jesús Monjarás tenía mucho empuje, muchas ideas positivas, y Perla también.

A Perla la vi como maestra y colega, y quizá podríamos decir una tercera forma: como compañera.

Compromiso con la etnohistoria y los códices

Celia Islas 

Cuando la conocí [en 1977] ya estaba dedicada al estudio de los códices. Me platicaba que quien la había animado al estudio de los códices fue Javier Noguez, que fue su maestro. Por los ochenta empezó a adentrarse en la metodología de Galarza, por lo que demostró que los códices eran una especie de escritura, que en esa época no se reconocía todavía. El resultado fue su tesis sobre el *Códice Tepetlaoztoc*, que ella

reconocía que se había tardado, pero el resultado fue fabuloso: una tesis muy buena que después se publicó.

Luz María Mohar 

Conocí a Emma en el CISINAH y empezamos a colaborar juntas en el mismo seminario con Pedro Carrasco (fue en 1973, formado por un nutrido grupo: estaban Emma, Hildeberto [Martínez], Eduardo Corona, ése fue el grupo inicial). Emma me propuso que me integrara al Departamento de Etnohistoria, que estaba en la colonia Roma, en la calle de Córdoba, con la doctora Dahlgren. Allí conocí a Perla. Un día fui a una reunión y empezamos a platicar. Estaba Amalia Atolini. Luego me invitaron a sus reuniones de fin de año. Por Emma conocí a Perla y me enteré de que las dos trabajábamos códices.

Emma Pérez-Rocha 

Trabajamos en un proyecto conjunto, en *El corazón de Copil* (1982). Fue una obra que hicimos junto con Lourdes Suárez y la maestra Dahlgren. A raíz de los descubrimientos del Templo Mayor, se nos pidió un proyecto paralelo que apoyara los trabajos arqueológicos con fuentes. Entonces se hizo este trabajo. Parte de la aportación de esta obra son los cuadros al final, donde están los códices. Ahí está toda la información de las fuentes de una manera muy esquemática. Están, por ejemplo, los dioses como Huitzilopochtli, las festividades relacionadas con él. Esos cuadros fueron labor colectiva, pero fue idea de Perla Valle. Algo importante, en el aspecto académico, fue la realización de los coloquios de documentos pictográficos. La jefatura del primer coloquio estuvo a mi cargo y ella fue una gran orientación. Se realizaron los dos coloquios de Documentos Pictográficos de Tradición Náhuatl y su asesoría y participación fueron fundamentales.

Su lugar en la Dirección de Etnohistoria era primordial. Recuerdo las reuniones académicas que teníamos. El papel de Perla fue de directriz en muchos sentidos, hasta dirimir [los asuntos]. La mayoría de la gente de la dirección la reconocemos como una gente muy conciliadora, muy conciliadora pero siempre con una firmeza y una línea muy definida. En cualquier conflicto, ya fuera de un nuevo alumno o un nuevo integrante de la dirección, cualquier cosa que se decidiera a nivel académico, siempre había diferencias pero ella estaba en ese papel de conciliar líneas de pensamiento y de guiar. La mayoría la consideraba como una guía.

Rosa Brambila 

Tenía muy claro que era necesario un desarrollo académico colectivo en Etnohistoria, lo cual no significaba que dejaras

tu proyecto personal, pero con base en esa colectividad y en desarrollar esa colectividad, el desarrollo personal era más fácil. Eso siempre me llamó la atención, y en los últimos años más, pues ahora vivimos una fase de personalismo académico, donde los intereses personales se sobreponen a los colectivos. Por eso en especial se extraña a *Perlita*, por esa valoración del desarrollo colectivo.

Emma Pérez-Rocha ☺

Cuando empezó a estudiar el *Códice Kingsborough*, era la única de la Dirección de Etnohistoria que trabajaba con códices y tenía esta línea. Después el tema se amplió un poco, pero los otros investigadores no utilizaban los códices de manera abierta como ella. Eran la base de su trabajo, de su proyecto. En ese sentido, lo que ella hacía se respetaba. Sabíamos que lo estaba haciendo bien, que tenía contacto directo con la documentación que encontró en el archivo en relación con el código y, bueno, sabemos que los resultados de su trabajo fueron positivos. Terminó su trabajo y se publicó. Le llevó mucho tiempo porque era muy meticulosa, muy minuciosa. Me acuerdo de que tardó en recibirse por el estudio tan minucioso que hacía. Monjarás le decía:

—Oye, Perla, ya deja de ser tan meticulosa, apúrate ya. Urge que te recibas ya.

Había la presión por que se recibiera, y ella, con su parsimonia habitual, decía:

—Sí, no te preocupes, estoy trabajando, estoy trabajando.

Luz María Mohar ☺

Luego, cuando llegó [Joaquín] Galarza al CIESAS, bastantes años después [1981-1983], Perla empezó a ir al CIESAS y empezamos a tener un seminario con Joaquín. Como etnohistoriadora, Perla tenía toda esta formación de trabajo con fuentes escritas, con cronistas. Allí era donde disentía con Joaquín, quien decía que no había que leer esas fuentes. Inicialmente, cuando empezamos el taller, Joaquín no quería que leyéramos a los cronistas porque decía que eso nos deformaba y la posición de Perla no era tan radical. Consideraba que era importante ver el contexto histórico y trabajar las fuentes. Perla tenía un conocimiento profundo de estos materiales. Yo en realidad aprendí con ella mucho, pues como antropóloga social aprendí de Perla el oficio de la etnohistoria. Era un poco mi maestra y orientó mi búsqueda de las fuentes, que luego discutíamos y confrontábamos con lo que veíamos en los códices.

Cuando Emma fue directora de la Dirección de Etnohistoria me invitó a trabajar con ellos. Pedí una licencia en CIESAS



y vine a trabajar en el museo por seis meses. Yo estaba trabajando los trajes de guerreros en la *Matrícula* y el *Mendocino*, y Perla estaba haciendo su tesis sobre el *Tepetlaoztoc*. En las reuniones nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común y se inició una relación de trabajo.

Luego el INAH nos propuso hacer la serie de las mini-guías de códices que trabajamos en los noventa. Iniciamos ese trabajo, que se llamó Proyecto México. Fue un trabajo intenso. Luego Jesús Monjarás nos invitó al proyecto de códices mesoamericanos y nosotras nos encargamos de organizar las reuniones y los lineamientos de la investigación. Participamos en congresos internacionales juntas, empezamos a viajar, nos fuimos a un congreso en Melilla, África, junto con Jesús Monjarás. Allí empezó a fortalecerse nuestra amistad. Fuimos a Inglaterra y presentamos en el Museo Mankind el *Códice Tepetlaoztoc* y el *Mendoza*. También formamos el seminario de códices. Nos preocupaba mucho tener ese espacio de discusión de códices. Éramos afines en muchos de nuestros planteamientos; coincidíamos en nuestras opiniones, en la manera de trabajar, en los enfoques, en las posiciones académicas. Se dio una relación muy, muy estrecha, ya no sólo de trabajo, sino también de amistad personal.

Coral Revueltas Valle 

Yo estaba en la escuela de Arquitectura cuando ella empezó a trabajar en el *Códice Kingsborough* con Galarza y a hacer recortes. Me pidió que hiciera los dibujos, esos dibujitos. No sé, le hice una cantidad de cosas impresionante. Cuando ingresé a La Esmeralda empecé a hacer los dibujos con ella y me los pagaba el instituto. Mi servicio social lo hice en el instituto. Hice los dibujos de mi mamá como servicio social. No aprendí mucho de códices, porque los materiales que hacía eran salteados y no me explicaban de qué se trataba. Hice dibujos no sólo para ella, sino para otras gentes, como para Keiko Yoneda, a quien le hice los del *Mapa de Cuauhtinchan*. Fue muy difícil porque me dieron una diapositiva muy pequeña.

Xavier Noguez 

Perla fue mi alumna cuando la Escuela Nacional de Antropología estaba en el segundo piso del Museo Nacional de Antropología, antes mudarse a Cuicuilco. Le di una clase de códices y quizá fue mi culpa haberle recomendado que hiciera su tesis de maestría con el *Códice de Tepetlaoztoc*. No seguí su trabajo porque me fui a estudiar a Estados Unidos a fines de los setenta.

Ella comenzó su carrera ya a edad adulta. Eso tenía su lado bueno, por la seriedad con que tomaba su nueva profesión, pero por otro lado, también, la presión de tener una familia que atender. Tenía una familia grande, hijos, un esposo que de vez en cuando la ayudaba en sus trabajos.

La clase de códices estaba dentro del currículum de la carrera de etnohistoria. El director de la carrera era el maestro Carlos Martínez Marín y probablemente él, quizá más que yo, influyó en su interés por las pictografías indígenas. Le tocó un grupo de maestros sobresalientes, que pudo aprovechar muy bien. De esa generación no recuerdo a nadie más que se haya dedicado al estudio de las pictografías de los manuscritos indígenas. Fue de los pocos estudiantes que realmente se comprometió con el estudio, que en ese momento era muy difícil, porque no teníamos demasiados artículos monográficos y, sobre todo, no teníamos ediciones facsimilares para poder estudiar con mayor seguridad.

Emilio Revueltas Valle 

Mi mamá fue de la generación que todavía trabajaba haciendo notas en la máquina de escribir. El siguiente paso fue meterlo todo a la computadora. Le costó trabajo aprender el manejo de detalles: cómo tocar el teclado, agarrar el *mouse*. Me pareció muy curioso que lo hiciera con tanto cuidado, como si lo fuera a romper. Le decía:

—Mamá, agárralo como con ganas. No hay problema, no pasa nada.

Entonces empecé a ayudarle un poco. Cuando entré a la universidad, mis papás compraron una computadora. Mi primera computadora de escritorio la tuve en 1988.

Una vez –eran las cuatro o cinco de la mañana–, desesperada, me pegó un grito. Yo bajé, más dormido que despierto, a salvar lo que había escrito, a grabarlo en un disco y dárselo porque en unas dos o tres horas se tenía que ir a dar una conferencia, no sé dónde, y mi papá estaba allí. Mi papá le decía:

—Vente a descansar un rato y yo me ocupo del resto, no se preocupen.

Le ayudaba también a tomar fotografías cuando tenía que hacer alguna presentación o dar alguna conferencia de códices. De chico me hice aficionado a la fotografía y por suerte me quedé con la cámara de mi papá, pues siempre me ha gustado la fotografía y llegaba a mi casa diciendo:

—Necesito las diapositivas (eran diapositivas) de tal libro, de tal figura –me las ingeniaba y sacaba las que utilizaba para sus conferencias.

Angelina Macías 

Cuando Perla estaba haciendo su tesis de maestría, yo estaba trabajando en Michoacán y Perla me dijo:

—No avanzo, no puedo avanzar, estoy atorada, me distraigo mucho con los hijos

Le dije:

—Pues vente a la casa a Morelia.

Llegó a la casa y después le contaba a todos los amigos que la había amarrado al escritorio. Efectivamente, mientras yo iba al campo, ella se quedaba en casa a escribir. Estuvo cerca de un mes. Fue una tesis tan excelente que ganó el premio del INAH [Fray Bernardino de Sahagún, 1988].

Todo se lo tomaba con seriedad y compromiso. Recuerdo que, cuando estaba haciendo su tesis, la acompañé varias veces al área de Texcoco porque veíamos incluso los materiales prehispánicos, los materiales cerámicos, y veíamos qué de esto había en el código; por ejemplo, determinadas formas cerámicas prehispánicas que estaban representadas todavía en el código. Nos íbamos al área de Texcoco, a conocer geográficamente su territorio y, por supuesto, a comer barbacoa.

El compromiso que ponía en su trabajo era impresionante. Jamás dejó un trabajo a medias, jamás dejó un trabajo mal hecho, carrereado; no estaba en su personalidad. La calidad con que también crió a sus hijos, que son gente maravillosa, refleja su compromiso con todo. Nunca abandonó su

carrera por su familia ni viceversa: siempre tuvo tiempo para todo y también para las amistades.

Coral Revueltas Valle 

Acompañaba a mi mamá a sus prácticas de campo a Tepetlaoztoc. Como no tenía escuela, ni oficio ni beneficio, pues iba con mi mamá a las prácticas de campo a *Tepe*. Entonces recorrí con ella Tepetlaoztoc, los alrededores. Estuvo padre, porque andábamos allí en el campo, con el doctor Mayén, con quien hacíamos los recorridos en Tepetlaoztoc buscando no sé qué. Porque la primera lámina del códice, que es un mapa, me da la impresión de que es la ubicación de ciertos lugares.

Íbamos una o dos veces a la semana. Recuerdo haber llegado a una casa en *Tepe* donde el fin de semana había sido la boda de unos de los hijos del señor, que aunque ya tenían hijos y mucho tiempo viviendo juntos, por falta de dinero no habían podido casarse. Nos dieron mole de almuerzo, pero sin cubiertos. Para mí fue un frentazo porque yo no sabía comer sin cubiertos. Entonces mi mamá así, como que con seguridad, me dijo cómo cortar la tortilla y comerme el mole con tortilla sin usar cubiertos. En la vida me había pasado, pero fue una gran experiencia. Fui recorriendo el campo y el contacto con los vecinos. Me acuerdo del saludo, de cómo el doctor Mayén se acercaba a las casas y gritaba algo así como:

—Virgen María Purísima.

Y por adentro le contestaban:

—Sin pecado concebida.

Ése era el saludo a distancia. Luego entraban, saludaban y presentaban a mi mamá, pero yo me la pasaba papaloteando. Hicimos varios recorridos con el doctor. El doctor Mayén era un hijo o sobrino de algún presidente municipal o de algún funcionario que se lo recomendaron a mi mamá, porque conocía la zona a nivel geográfico. Con él fuimos a ver a mucha gente del pueblo y los alrededores de Tepetlaoztoc. Mi mamá duró años trabajando el códice. Lo empezó cuando entré a la prepa y luego que yo ya vivía con Alberto mi mamá seguía trabajando el Tepetlaoztoc. Fácilmente fueron como 10 años. Tuvo una buena relación con los habitantes de allá. Íbamos a las fiestas, pero después ya no pudo.

Xavier Noguez 

Perla se lanzó a hacer un trabajo muy complejo que le tomó algunos años, pero que finalmente le dio la posibilidad de ser una profesional del estudio de los códices. Se dedicó de lleno al estudio del *Códice Tepetlaoztoc*.

Gracias a ella se conoce este documento. Se dio a la tarea de penetrar lo más posible. Aunque ya se habían hecho algunos estudios del códice (si no me equivoco el de Francisco del Paso y Troncoso), no había una edición facsimilar. No es un códice que se deje meterle el diente con facilidad. Tiene problemas, que sólo fueron resueltos a partir de una visión interdisciplinaria de iconografía, de lingüística, de documentación de archivo. Es un pleito muy largo con toda una serie de informaciones que a primera vista no parecen tener sentido.

Sin embargo, ella lo terminó. Para mí eso hubiera sido, con extrema facilidad, una tesis de doctorado más que de maestría, pero precisamente por su interés tan profundo por este tema abrió una gran puerta. Es como abrir un dique que le proporcionó una cascada de información que le fue útil para los trabajos que hizo posteriormente.

Creo que *Tepe* le proporcionó la profesionalidad a Perla. Además, el trabajo de campo que hizo en la población echó raíces entre los habitantes, que la recuerdan con gran cariño por todos los viajes que hizo. A veces iba con sus hijos para que la ayudaran, para tratar de recrear el ambiente físico, a revisar lo poco de los archivos que había, en fin, tratar de entablar un diálogo entre una realidad física y un documento del siglo *xvi*, lo cual no era nada fácil porque el cambio tan drástico que se ha dado en esa zona impide una aproximación a su paisaje.

Cuando presenté el códice, me di cuenta de que el presidente municipal de Tepetlaoztoc estaba muy interesado en la historia; incluso al Colegio Mexiquense le compró un buen número de ejemplares de esta pictografía. Perla estuvo en contacto con la gente de la población. Creo que, si se hubiera quedado unos años más, la hubieran candidateado para ser la presidenta municipal de Tepetlaoztoc. Finalmente la recuerdan dos o tres personas que se acercaron a nosotros para hacer una remembranza de los años en que colaboraron con la maestra Perla, enseñándole los lugares, viendo cuáles eran los antiguos nombres de algunos parajes, de algunas zonas, ahora ya semiabandonadas. En fin, yo creo que eso le ayudó mucho porque también estuvo en contacto con los sucesores, con los descendientes de estos indígenas valientes que se lanzaron a protestar por el exceso de tributo. Lo que veo en Perla por sus otros trabajos es la meticulosidad, como el arma más importante para estudiar los códices y adentrarse en los detalles.

Cecilia Rossell 

Conocí a Perla en el CIESAS, en el “Coro”, donde nos juntábamos allí con Joaquín [Galarza]. Tenían un proyecto sobre

códices y empecé a visitarlos. El seminario era por las tardes y nos daba vino blanco con casis. Fue en 1981 cuando conocí a Perla, a Luz María, que era del CIESAS. Nos reuníamos Hilda Aguirre [Beltrán], Ana Saloma, Jorge [Pedraza] y Lilian, que ya trabajaban con Joaquín Galarza. Empezó a invitarnos, yo creo que con la intención de jalarnos. Hizo un seminario sobre códices en el que estaba Constanza Vega, Perla Valle, Alfredo [Ramírez Celestino], nosotras y algunas personas del INAH. Empezó a formar otro grupo, porque ya había entrenado a un equipo del CIESAS donde estaba Ana Saloma y quería volver a juntar y plantear nuevas cosas.

Sin embargo, a pesar de que fueron a varias reuniones, Perla y Luz María no entraron al nuevo proyecto, pues ya tenían sus propios proyectos. Nosotros nos planteamos un estudio de la primera página del *Mendocino* que acabó en la película *Tlacuilo*. A *Perlita* ya le perdí la pista y se fue al museo. Nos veíamos de vez en cuando en reuniones y en 1987 yo regresé de Europa y se había desbalagado el equipo. Joaquín se peleó con algunos miembros. Al regresar de Europa me reuní con Hilda para hacer un área y trabajamos con Luz María, pero aisladas. En 1988 retomé el *Mendocino* y fuimos a una reunión a Toluca sobre códices donde volví a ver a Perla.

Estela González Cicero [en ese momento directora de la Biblioteca Nacional de Antropología] nos invitó a ver los documentos que resguarda el INAH. Era una sorpresa ver los originales. Fueron varias sesiones, como dos meses, y nos iban sacando distintos documentos que nos admiraban, pues es un privilegio, porque para ver todo el acervo resulta difícil.

—¡Ay!, que mira esto y esto.

Estela nos dijo que quería promover un grupo que estudiara los códices del museo y a raíz de esto empezamos nuestras reuniones en 1988, que se hacían cada mes. Vimos la posibilidad de hacer un seminario, pero como se trataba de un acervo nacional, de patrimonio nacional, hubo que hacer un convenio oficial entre el CIESAS y el INAH, y como representantes Leonel Durán [director del CIESAS] y Roberto García Moll [director del INAH], pues tuvo que ser oficial, pues lo que íbamos a trabajar era el acervo oficial y nos comprometíamos también a estudiarlo, difundirlo y preservarlo.

Fue muy lindo, y aunque no se hizo hasta el año siguiente, nos seguimos reuniendo porque queríamos hacer un minirreglamento. Se hizo una invitación a todo el mundo, pero nos quedamos los mismos. Se hizo el acta constitutiva. *Perlita* y Luz María fueron muy importantes porque tenían más experiencia. Nosotros todavía estábamos muy chicos y realmente ellas aportaron su experiencia como represen-

tantes de las dos instituciones, pues Perla era del INAH y Luz María, del CIESAS.

También hicimos un curso, que fue idea de Perla. Para publicarlo se llamó *Historias en figuras y colores. Códices mesoamericanos* (1993). Fue un curso donde cada quien trabajó los temas de su interés. Sin embargo, yo proponía que hiciéramos un trabajo conjunto que no se aceptó. Luego se presentó el Proyecto México, creo que en 1994 o 1995, donde se planteó hacer la serie de miniguías de códices. Perla fue la intermediaria con Publicaciones del INAH, que estaba a cargo de Chávez. Se distribuyeron los códices, pero les dio por los códices coloniales. Yo deseaba hacer los prehispánicos, pero no me dejó. Era muy controladora. Cada uno se dedicó a los documentos que había trabajado. Entraron Laura Elena [Sotelo] y Manuel [Hermann L.]. Yo trabajé el *Códice Dresde*, Laura Elena el *París* y juntas hicimos el *Madrid*.

Coral Revueltas Valle 

Yo seguí haciendo dibujos para sus proyectos hasta que apareció la computadora y Ross [Rossana Cervantes] con sus programas para poner los monitos en la computadora. Entonces dejé de hacer dibujos. Lo último que hice fue para *Diario de Campo*. Sin embargo, fueron muchos años en que estuve haciendo monitos para varios documentos, algunos aislados para el *Kingsborough* y un poco más para el de *Tlatelolco*. En ése hasta mapas le hice. Nadie más tuvo injerencia en su trabajo. A mí porque me lo pagaba el instituto. Bueno, Emilio también le ayudó mucho en otra forma. Cuando todo se computarizó, Emilio le hacía como de asistente para manejar el correo electrónico. Mi mamá nunca entró a internet, siempre lo hizo Emilio. Todo lo que mamá necesitaba por internet, atender su correo, lo hacía él. Bueno, aunque sabía y reconocía la necesidad, no estaba dispuesta porque Emilio le resolvía esto.

Mi mamá me platicaba de lo que pasaba con sus amigas, de sus proyectos, de toda esta época de crisis con los proyectos de códices. Lo tengo muy claro porque me contaba exactamente lo que pasaba. Me platicaba cosas de gente que no conocía y me era difícil relacionarlas. Debía ponerle mucha atención porque se enojaba o se molestaba porque no le ponía atención. Debía poner mucha atención, pues me contaba los pormenores de su trabajo, de los códices y los dramas personales de las amigas.

Emilio Revueltas Valle 

Luego ya pasamos a la siguiente fase, en la que las diapositivas ya no se usan. Se utilizaban las presentaciones en

la computadora y el cañón. Le ayudé a armar sus presentaciones, escanear las imágenes y realizar los *Power*. Ella la revisaba y hacía las correcciones. Supervisaba que todo estuviera bien. Desde ponerle los nombres, dar la secuencia correcta y todos los detalles. Le armé una presentación para presentarla en Jalapa, pero el disco donde se la armé no corría en todas las máquinas y entre los muchachos de la facultad uno bajó la presentación a su computadora, la conectaron al cañón y finalmente pudo hacer su presentación. Se salvó el asunto, pero mi mamá desde entonces se quedó desconfiada del asunto, porque luego tenía toda suerte de problemas con las computadoras.

Cuando empezó a hacer la *Ordenanza del señor Cuauhtémoc* (2000) vino toda esta parte que habla de la fauna y la flora del lago de México. Como yo estudié biología, le ayudé buscando bibliografía sobre los sistemas hidráulicos, la flora y la fauna. Si necesitaba tal libro, se lo conseguía; que tal animal, bueno, vamos a buscarlo y discutíamos de qué animal se trataba. Eso nos pasó con la nutria, porque había nutrias en la cuenca; empezamos a buscar cuál pudo haber sido más o menos la nutria aproximada, por los dibujos o las descripciones que existen. Confrontó fuentes y discutíamos todas las posibilidades hasta que quedaba convencida. Por eso yo aparezco en los agradecimientos.

También le presté las cosas de santos, cosas de la Iglesia, pues a mí me las preguntaba. He tenido la suerte de que las novias que tuve eran católicas. Le ayudaba a buscar las imágenes de los santos, su vida y la representación gráfica de él, para entender por qué lo dibujaron así y se la conseguía. Para mi mamá los curas no eran santo de su devoción (es una manera de decir lo que pensaba de la religión).

Le ayudaba en otras cosas que también eran de mi interés, como las cosas de la caballería, las armaduras, las espadas. Ella me regaló un libro que apreció mucho, acerca de la Edad Media. Me preguntaba sobre el nombre de las lanzas:

—Oye, ¿cómo se llama tal lanza que tiene una hoja de un lado y punta de otro lado?

—Déjame acordarme —iba a buscar a mi libro—: ¡Ah! Tiene que ser ésta —y esos detalles.

Una vez necesitaba un correo electrónico y se lo hice, perla_valle@... Le creé la cuenta, le administraba su correo. Me escribía sus correos en papel y se los copiaba y enviaba, pero antes de hacerlo revisaba que estuvieran bien, sin errores ortográficos. Las respuestas se las imprimía y pues se las entregaba.

Xavier Noguez 

Sus trabajos son muy meticulosos, y eso le tomaba un buen tiempo terminarlos. El *Códice Osuna* parece que es un trabajo que ya casi estaba terminado. Hay que recuperarlo, hay que hacer todo lo posible, por si no está terminado, tratar de terminarlo y recuperarlo, porque yo creo que después del Tepetlaoztoc el trabajo más importante iba a ser éste.

Perla se metió en otros proyectos, quizá lo de Marc Thouvenot, y en una época estuvo involucrada con Joaquín Galarza haciendo estos catálogos. Eso también nos alejó, porque yo no comulgo mucho con ese sistema; no comulgué mucho con esas ideas, pero ella siempre estuvo muy cerca de los estudiantes del doctor Galarza. Esa metodología le dio una experiencia y enriqueció lo que ya sabía a través de Tepetlaoztoc y, sobre todo, también se mantuvo en la línea de la investigación códicográfica.

Otra interesante investigación la hizo cuando estuvo trabajando el *Tlatelolco*, la *Ordenanza del señor Cuauhtémoc*, que afortunadamente se publicó en una buena edición que hizo el gobierno de la ciudad de México. Es otro documento que tiene muchas aristas. Le dedicó tiempo. Yo creo que también su experiencia en Tlatelolco con el señorío, que siempre ha sido como el patito feo, siempre ha tenido problemas de investigación. Ella sacó la *Ordenanza del señor Cuauhtémoc*, que supuestamente es uno de los documentos más antiguos que generaron, aunque parece ser que se trata de una copia más tardía. Sin embargo, ahí tenemos una gama, un abanico de problemas que presenta cada códice. La parte jurídica, por ejemplo, nadie la había tratado y ella se metió en este asunto, porque una cosa es la forma, otra cosa es estudiar contenido y, lo más importante, los contextos.

Los códices jurídicos es el contenido. Hay investigadores que se han dedicado exclusivamente al aspecto formal, a hacer catálogos de formas; en el mejor de los casos sabemos ya el contenido, pero después viene el nivel de decir por qué hicieron los códices. Ésa es la gran pregunta.

Carlos Martínez Marín fue nuestra inspiración. Muchos de nosotros tomamos su curso en la UNAM y en la ENAH y nos transmitió ese gusto, ese entusiasmo por las pictografías. En la década de 1970 los códices todavía era una tierra incógnita. Se decían cosas a partir de dos o tres pictografías. Los facsímiles eran carísimos, venían de Austria y eran carísimos. No había manera de bajarlos de un sitio de internet como lo hacen ahora.

Perla y yo bebimos de este sustancial vino de conocimientos del maestro Martínez Marín, porque además ella tuvo un relación muy larga y amistosa con él. Fue director del

Departamento de Etnohistoria y daba clases clase de códices ahí. Uno de los pocos teóricos de la etnohistoria en México. Lamentablemente hace años que no lo veo. No sé si sigue trabajando en la escuela, pero gran parte del empuje que se le dio a la etnohistoria fue gracias a él y a la maestra Barbro Dahlgren, que también fue una de las maestras más sabias y activas que tuvo esa generación. Creo que ella también conoce la historia. Los dos tuvieron que ver en la creación del Departamento de Etnohistoria, junto con Emma Pérez-Rocha, Jesús Monjarás y otros etnólogos e historiadores, y actualmente forman parte del *staff* de esta sección del Instituto de Antropología. A ellos se debe que Perla se dedicara con profundidad a un tema. Habría que revisar la bibliografía, pero todo lo que ha caído en mis manos, que lamentablemente no es mucho, va en la dirección del estudio de la pictografía. Ahí encontró su vocación y no la soltó. Creo que le interesaba tanto los códices como la problemática de la etnohistoria.

Perla nunca trató de ser *light*. La gran ventaja que tuvo fue que, a diferencia de los que tenemos la presión del Sistema Nacional de Investigadores, ella se puso sus ritmos, que le proporcionaron más tranquilidad que a nosotros. Tuvo esa ventaja, sobre todo la madurez que le dio la edad. Haber entrado más madura también le proporcionó una dimensión de más profesionalismo y aceptó el reto desde un principio. Aceptó la idea de hacer un código de esa magnitud con sus problemas. No se lanzó a hacer un código sencillo, como el *Veinte mazorcas*, para pasar con tranquilidad la maestría. No. Se dedicó a hacer una cosa en serio, brillante. La edad, al final, te deja muchas enfermedades, pero también mucha madurez.

Fue esta generación, de fines de los setenta y los ochenta, cuando ella hizo el trabajo, que mostró que los códices pueden estudiarse en serio, que hay la manera de estudiarlos a profundidad. Muchas veces se habla sobre códices tomando en consideración tres o cuatro ejemplos. Ella también se dio cuenta de que los códices coloniales tenían una problemática un poco diferente a los prehispánicos que, por cierto, no hay en el centro de México; todos son coloniales tempranos. Se dio cuenta de que había un mundo detrás de los códices coloniales y acotó muchos de los problemas, muchas de las preguntas que hay que hacer.

Insisto en este magnífico artículo, en coautoría con Ethelia Ruiz Medrano [de 1998]. Bueno, son códices jurídicos. ¿Qué significa eso? Que hay toda una base legal en la que los indios se movieron y trataron de entenderla y de registrarla. Fue una contribución muy fuerte. No sé si ella

dio clases en la Escuela de Antropología, pero perteneció a una asociación de antropología a la que fui invitado. Ahí se realizaban ciclos de conferencias y diplomados. Eso también fue importante. No creo se haya dedicado tanto a la cátedra como a la investigación.

Los códices coloniales no son de segunda categoría. Sabemos que hay muchos fragmentos sobre pleitos que no parecen trascendentes, pero vistos en conjunto nos dan una idea y nos muestran una imagen de la sociedad nahua del centro de México, de cómo estaban viviendo y cómo se estaban defendiendo, sobreviviendo a través de la utilización de todo este conjunto, este aparato legal impuesto por los españoles. Si lo hicieron con éxito o no, eso tendríamos que verlo después. No recuerdo, sinceramente, qué éxito tuvieron los habitantes de Tepetlaoztoc después de enviarlo a España; si realmente les hicieron caso o moderaron los tributos, pero eso, obviamente, está en el libro. La gran contribución de Perla fue ésa: mostrar que se pueden hacer cosas con los códices. Cuando me conoció, me dijo que era el único maestro chichimeca que tenía, porque tenía el cabello largo.

Luz María Mohar 

Siempre que nos veíamos, me insistía que teníamos que volver a abrir el seminario de códices. Era uno de sus pendientes. Siempre me estaba diciendo:

—Es que tenemos que volver; es que es un espacio que hemos perdido. Ahora vamos hacer una lista de cuántos hay que invitar y cuándo lo hacemos.

Yo creo que tomaba mucho en cuenta la metodología de Galarza y estaba de acuerdo con él en que era una escritura y que había que hacer el análisis de los glifos, pero también insistía en que teníamos que ver el contexto histórico, que era muy importante leer las fuentes, ir a los archivos y complementar las dos formas de escribir. Inclusive recuerdo que una vez Galarza me dijo que Perla no era totalmente su alumna, pues se daba cuenta de ese interés de Perla por la parte histórica que él, en ocasiones, no tenía. Al final reconoció los aportes de Perla. Un día me dijo eso. No es que Perla se fuera mucho por los documentos, sino que ella también veía que era necesario ver las dos partes y hacer una tercera, hacer una como síntesis.

En las últimas fechas platicábamos un poco de lo que estábamos haciendo, de lo que ella había hecho y lo que yo hacía, de los problemas para la publicación de nuestros trabajos. En una ocasión comentamos que aquí la informática era una salida, pero no era la salida que nos gustaba más, que preferíamos más los libros en papel, pero, bueno,

veíamos que era muy difícil omitir las nuevas herramientas. Era contraria a hacer únicamente la descripción de los elementos, pues consideraba que no se puede entender un código si no entiendes el contexto de por qué se hizo, en qué momento se hizo, para qué, y si nos dedicábamos a describir no estábamos aportando nada.

Los placeres de la música y el cine

Beatriz Barba 

Perla se enteró de que en la Normal iba a dar clases Ángel Salas, un músico, creador formidable. Sabía que era un músico mexicano y que iba a dar clases de historia del arte, pero las daría por las tardes. Entonces se cambió a la tarde nada más por Ángel Salas. Yo me cambié en la tarde porque tenía necesidad de ocupar la mañana en otras cosas. Entonces fue cuando la conocí, porque ella iba en la mañana. Ese año entramos a la tarde las dos.

Perla tenía mucha gracia en todas sus cosas, porque su padre, el maestro Erasto Valle, era director de primarias del Distrito Federal, un puesto altísimo de la Secretaría de Educación. Era un puesto muy elevado y el maestro Valle pudo comprarle a sus hijos una casa en la colonia Virreyes, y ella se educó en un ambiente pues, digamos, más o menos selecto. Su mamá era una gente primorosa; era rubia, de pelo chino, muy guapa la mamá de Perla. Se podría decir que en el ambiente magisterial era una familia acomodada, porque el maestro Valle era una verdadera autoridad en pedagogía. Fueron cuatro hermanos. La mayor, Margarita; luego siguieron los dos hermanos de Perla, que fueron músicos colosales. Uno era pianista; Homero era un pianista formidable. En cierta ocasión, en un concierto de la universidad, llegaron dos pianistas y no llegó el percusionista. Entonces le pidieron a Homero que si le hacía de percusionista y dijo:

—Bueno, pues a ver cómo sale —y salió tan bien, perfecto, porque además es tan difícil eso de estar controlando el sonido, tanto de ir bajando, subiendo y todo eso.

El director, que era un europeo, quedó encantado y siguió en las percusiones.

Virgilio era violinista, pero le hacía a varios instrumentos, también de cuerda. Tocaba el chelo. Gracias a Perla todos mis domingos se convirtieron en concierto, porque había que ir y aplaudir como loca. Éramos las *fans* de los chicos Valle. Mi mamá me decía:

—¿Cómo que te vas otro domingo?

—Mamá, pues mira que Perla no quiere ir sola.

Los conciertos eran en Bellas Artes. Tocaban en la universidad. Estudiaron en la universidad. También estudiaron en el conservatorio de la Secretaría de Educación. Homero se casó y quedó en México y Virgilio se fue a Alemania, donde estudió dirección de orquesta. Allí tuvo buenas oportunidades; incluso llegó a dirigir.

Emilio Revueltas Valle 

Mi mamá dejó prácticamente el chelo como a los 13 años —¡ah!, muy joven—. Casi no entró mucho a eso, porque mi abuelo, aunque no era muy estricto, le exigió dedicarse a una cosa. Y ella prefirió dedicarse a sus estudios para ser maestra normalista.

Independientemente de los lazos que tengo con los Revueltas y con la música, el primer recuerdo que tengo es de mi mamá llevándome a los conciertos que se daban en el Alcázar del Castillo de Chapultepec con la Sinfónica del Estado de México, pues estaba la posibilidad de que mi tío Virgilio iba a dirigir o iba a tocar otro. Íbamos constantemente. Hay una foto en que está mi tío Virgilio en el Alcázar, dirigiendo, y entre el público se ve mi mamá.

Trataba de educar nuestros gustos, seleccionando las estaciones de radio. Le gustaba Radio UNAM porque ahí ponen música clásica y otra estación similar. En ella siempre hubo este gusto por la música clásica y de repente un poco más contemporánea. No sé si lo decía en broma, o le gustaba la música moderna de Bob Dylan, Mick Jagger, ciertos músicos de cierta generación que sentía que eran de su generación. Si le gustaba, o sentía cierta simpatía, decía:

—¡Ay, mira! Es de mi edad o casi de mi edad este muchacho.

No tenía tanto problema si nosotros estábamos oyendo nuestras cosas. Independientemente de los lazos que pudiera haber con mi papá y la música de Silvestre, le gustaba su música, pero también la de sus contemporáneos.

Coral Revueltas Valle 

Toda la vida mi mamá me llevó a escuchar conciertos. Mi tío Virgilio tocaba la viola, fue subdirector de la Sinfónica del Estado de México, y mi tío Homero fue músico de la Sinfónica Nacional mucho tiempo. La Sinfónica tocaba todos los sábados en la noche y siempre había manera de colarse a Bellas Artes para oír el concierto en un palco. Hubo épocas de mi vida que pasé todos los sábados en el Palacio de Bellas Artes, pero cuando entré a la secundaria o a la prepa comencé a ir a fiestas, pues de guaje iba a Bellas Artes a un concierto.

Y así como nos llevaba a todos a las funciones del cine club que organizaba en el Museo de las Culturas, los domingos nos llevaba al taller coreográfico de Gloria Contreras en la Universidad. Por la mañana estábamos en el teatro de Arquitectura para ver la danza contemporánea y luego a la Nezahualcóyotl y al Palacio de Bellas Artes. Cuando mi tío Homero era subdirector del Conservatorio me llevó a un programa piloto de educación musical para niños. Fui un año e iba a dejarme en la puerta. Mientras tomaba la clase, ella esperaba afuera, sacaba su libro, se ponía a leer y a hacer su trabajo, hasta que salía.

Entonces perdí flautas, perdí claves. Me perdía horas en el Conservatorio y nadie me hallaba; era como andar en la vagancia, lo mismo que hacía en el Museo de las Culturas, donde recorría todas las salas. A los ocho años me llevó a la Escuela Nacional de Danza.

Cuando regresamos de Ocotlán, fuimos a vivir a la casa de Claveles. Es una casa grande que tiene dos pisos. Allí nació Emilio y fue cuando mi mamá empezó a trabajar. En 1968 mi mamá trabajaba en el Museo de las Culturas y la vida familiar eran idas a los ciclos de cine en el Museo de las Culturas, los conciertos en Bellas Artes y el Castillo de Chapultepec, la danza en la Universidad. Solíamos escuchar Radio Educación. A Emilio Ebergényi lo oí todas las mañanas de mi vida hasta que murió. Era su estación preferida, pues le gustaba la música clásica, pero no sé quiénes eran sus favoritos.

Angelina Macías 

Cuando regresó con su familia traía un bebé. Yo tenía un hijo como de un año y ella tenía otros cuatro hijos mayores. Esto nos acercó muchísimo. Tenía un amor por la música. Uno de sus hermanos trabajaba en la Orquesta Sinfónica de Jalapa y otro trabajaba en la Orquesta Sinfónica del Estado de México. Los fines de semana nos íbamos con la pipirolera a los conciertos, que generalmente eran los domingos. Se hacían de manera informal en los parques y lugares abiertos. Llevábamos a los niños al teatro, a la ópera, a la Casa del Lago de Chapultepec, pues los domingos ponían óperas especiales para niños, incluso óperas difíciles traducidas al español. El esposo de Perla, que era sobrino de Silvestre Revueltas, hijo de Fermín Revueltas, tenía una calidad profesional impresionante. Cuando los hijos crecieron, no nos perdíamos una temporada de ópera en Bellas Artes. Después me tocó ir con Perla a la ópera cargando nieta. La historia se repitió. Si yo tuviera forma de hacerle un homenaje, le organizaría un concierto con Plácido Domingo en Bellas Artes, pero como no puedo...

Beatriz Barba 

Yo creo que Perla quería ser artista, pues le gustaba la plástica y se realizó en la hija, ¿verdad?, porque es muy buena.

Era el medio donde ella creció, en el ambiente de las grandes personalidades de la Secretaría de Educación, de Bellas Artes. Los hermanos conocían a los grandes maestros de música, pues no le digo que se cambió para la tarde para tomar clases con Ángel Salas. No era una persona que estuviera aparentando, no, no, para nada.

Rosa Brambila 

Ahora me arrepiento de no haberle preguntado sobre su formación musical. A veces me parecía que conocía profundamente el tema y lo trasladaba a su vida académica. Cuando comentaba un documento, la escuchaba y me parecía que estaba componiendo algo con una cadencia que yo no entendía. Probablemente ese acercamiento que tuvo con la formación musical, tal vez también influyó en su constitución.

Luz María Mohar 

Le gustaba mucho la ópera y sabía mucho de ella. También del ballet, de cosas de ballet. Un día me dijo:

—Ni se te ocurra ir al ballet de Chapultepec del Lago de los Cisnes, es una ridiculez.

Era refinada en sus gustos musicales y aprendí mucho con ella, no sólo de antropología, sino de pintura. Tenía una cultura muy vasta.

Emilia Schneider Revueltas 

Una vez me acuerdo de que nos puso *Las cuatro estaciones* y nos dijo:

—¡Oigan, escuchen!

Mi hermano y yo nos quejábamos un poco y ella nos decía:

—¡Escuchen!

Tenía un radio viejito, muy bonito. Lo escuchaba siempre que estaba trabajando. No me acuerdo qué oía ella, pero siempre lo tenía en su escritorio o junto a su cama. Su despertador era un radio. El radio siempre estaba en la misma estación. Le gustaba la música clásica. Cuando se descomponía, lo mandaba arreglar, pues parece que tenía un afecto especial por ese aparato.

Me acuerdo de que nos llevaba a los conciertos de su hermano, el de la Orquesta Sinfónica del Estado de México, a la sala Nezahualcóyotl. Nos llevó varias veces. Le gustaba que fuéramos a escuchar a su hermano, porque, cuando venía, tocaba varias veces en el parque Naucalli, que está cerca de



su casa. Alguna vez nos llevó a Bellas Artes a un concierto. Íbamos muy elegantes y nos sentamos, adelante. Nos hacía comentarios de la cortina, que es como un vitral. Quería que llegáramos temprano para ver cómo subían la cortina. El año pasado fuimos a un concierto de su hermano, en una escuela religiosa, en el Lago de Guadalupe.

Alguna vez nos llevó al ballet y a danza. Nos llevaba mucho de paseo. Al cine casi sólo si había una película que quisiera, pero no le gustaba mucho. Sé que tocaba el violonchelo, porque cuando veía a los que tocaban en las orquestas nos decía:

—¡Ah, yo tocaba eso!

Angelina Macías ∞

Nunca nos perdíamos una Muestra Internacional de Cine o una temporada de ópera en Bellas Artes. Con el tiempo eso se fue haciendo cada vez más difícil, la manejada de noche, la inseguridad de la ciudad, etcétera. Pero seguíamos compartiendo los mismos gustos. Me acuerdo de que lloramos a lágrima viva con *Muerte en Venecia*. Salimos verdaderamente conmovidas y horrorizadas de que se puedan dar situaciones así de dolorosas en una película.

También íbamos mucho al teatro. Dejamos de ir porque su esposo tuvo problemas auditivos. Entonces le caía gordo el teatro, pero las dos seguimos yendo.

Coral Revueltas Valle ∞

Le gustaba mucho el cine y tenía un interés por la vida de los actores. Sabía muchos detalles de sus vidas y qué pasaba con ellos, los chismes de su vida personal. Tenía perfectamente claro actores, sus historias y relaciones, así como los directores. Yo no sé a qué horas se enteraba de todo. Porque sabía de literatura.

Una vez *Rui* me dijo:

—La *Nona* es una cosa impresionante: de cualquier cosa que le hablas, ella lo sabe.

¿A qué hora captaba todo? La última vez que fuimos al cine vimos *Sherlock Holmes*.

Angelina Macías ∞

Creo que la vida de Perla fue una excelente vida. No fue una vida desperdiciada, pero para nada. Perla tenía mucha capacidad para disfrutar todo: disfrutaba los conciertos, disfrutaba su trabajo, se podía quedar semanas sentada en un escritorio trabajando, porque lo disfrutaba. Disfrutaba la comida; era de muy poco comer, pero la disfrutaba. Entonces, creo que tuvo una vida bonita, plena, satisfactoria, que finalmente creo que es lo que todos debemos desear. Que mi vida, si yo veo para atrás, encuentre muchas cosas satisfactorias y ya cuando se acabe se va acabar con una sonrisa porque la pasé súper bien, ¿no?